

#HistoriasDeResocialización



## Crónicas de la esperanza

"El amor que  
todo resiste"

Ana Solórzano Villegas  
Sede Central



PERÚ

Ministerio  
de Justicia  
y Derechos Humanos



INPE  
INSTITUTO  
NACIONAL  
PENITENCIARIO  
HUMANIZAR Y DIGNICAR PARA RESOCIALIZAR



## El amor que todo resiste

Durante la pandemia las visitas se suspendieron, los trámites se complicaron, y las familias, que ya vivían con el peso de la distancia, sintieron que el mundo se les cerraba aún más. Fue en ese tiempo cuando presencié una escena que no puedo olvidar.

Afuera del penal, una anciana estaba de pie, el rostro bañado en lágrimas, sosteniendo un papel arrugado entre las manos. Gritaba con desesperación:

"¡Quiero dejar este documento! ¡Sin este documento, mi hijo no puede salir!"

Su voz cortaba el aire. Nadie se le acercaba. Las reglas de sanidad eran estrictas: estaba prohibido recibir papeles. Me detuve, incapaz de ignorar su sufrimiento. Bajé del carro y me acerqué a los colegas del penal para preguntar qué pasaba.

—"No es día de entrega de documentos", me respondieron, con una frialdad que ignora la angustia de esa madre.

Entre sollozos, me contó que no podía regresar otro día: no tenía dinero ni fuerzas. Ese era su único intento. Con la autorización del director, logramos que dejara el documento. Lo que para nosotros era un trámite más, para ella era una vida entera de sacrificios y amor incondicional. Al ver su rostro pasar de la angustia al alivio, comprendí que la prisión no solo encierra a los internos, también impone un castigo invisible a quienes los esperan afuera, enfrentando la burocracia, la distancia y la indiferencia.

Días después, el subdirector, Víctor Santos, me contó que ese documento permitió la libertad del hijo de aquella mujer. Víctor, conmovido, le dijo al interno:

"¿Te das cuenta de lo que le has hecho pasar a tu madre? Prométeme que no volverás jamás." Pero no todas las historias tienen ese desenlace. Recuerdo otra escena, durante una comisión de servicio en Trujillo. Mientras esperaba mi ingreso al penal, hubo un revuelo en la puerta. Una joven mujer había sido detenida intentando ingresar droga oculta en su cuerpo. Lloraba desconsoladamente. Me acerqué y le ofrecí una botella de agua. Mientras los técnicos la reprendían, una colega le preguntó:

—"¿Por qué hiciste esto?"

La mujer, entre sollozos, respondió:

"Es que mi hijo tenía su fiesta de promoción y no tenía dinero para los gastos."

Esa confesión me hizo pensar en cómo, a veces, las prioridades se distorsionan. En el intento desesperado de cubrir necesidades materiales, muchas personas arriesgan lo esencial: la libertad. Madres, hermanas y esposas enfrentan la cárcel por intentar llevar objetos prohibidos. Es doloroso y complejo. Por un lado, cuestionamos el rol que cumple la familia en la resocialización; por otro, reconocemos que detrás de muchas decisiones hay manipulación, desesperación y pobreza.

Sin embargo, a pesar de estos episodios, la experiencia demuestra que la familia es un pilar fundamental en el proceso de resocialización. Las trabajadoras sociales insisten en fomentar el vínculo familiar. Los profesores de música del programa

Orquestando-INPE hacen un esfuerzo extraordinario por involucrar a las familias en cada recital o concierto.

He visto conmovida cómo en presentaciones realizadas fuera del penal, familias enteras aplauden de pie al ver a sus hijos, esposos o padres -internos, estudiantes de música- tocar con orgullo una pieza clásica o una canción popular. Son escenas extraordinarias. Por un momento, el dolor se transforma en esperanza. En sus rostros hay sorpresa, hay lágrimas, hay orgullo. Verlos en otro rol, el de artista, el de compañero, el de aprendiz comprometido, cambia la percepción que tienen de ellos... y que los internos tienen de sí mismos.

Porque en la reinserción verdadera, la familia no es un espectador pasivo. Es motor. Es memoria. Es fe. Y es en el abrazo que sostiene, en la voz que alienta, y en la mano que no suelta, donde comienza el verdadero regreso.